

EL TEMPLE DE COLON



TODO el empeño desplegado por Colón para lograr el interés de Castilla para montar la empresa de llegar a las Indias por occidente fue sólo el prelude de los esfuerzos sobrehumanos que demandó ponerla en ejecución.

Particularmente duro fue el proceso de conformar la flotilla de naves, contratar sus dotaciones, obtener los variados bastimentos para una expedición sin precedentes y ubicarlos en bodegas absolutamente inadecuadas en equipamiento e insuficientes en capacidad, considerando que se proyectaba una navegación oceánica de duración impredecible.

Tanto o más que lo anterior es el desarrollo de la tan ansiada cuanto temida navegación, donde la superior capacidad de decisión de un mando convencido de su éxito final debió ser empleada a fondo para superar desafíos naturales, logísticos y, por sobre todo, humanos, los cuales crearon con frecuencia situaciones críticas que pusieron en peligro la culminación del viaje.

Día a día la presión conjunta de todos estos factores crecía exponencialmente, haciendo inminente el colapso de la expedición. Para todo ello Colón tuvo respuestas adecuadas. Los estímulos algunas veces y las amenazas, en otras, fueron recursos que lograron continuar la navegación hasta que signos inequívocos de la proximidad de tierras trocaron la angustia en frenesí. Conducir a buen término una expedición como ésta revela una capacidad de mando extraordinaria que deja en niveles irrelevantes los naturales yerros que, en situaciones puntuales, pudiera haber cometido Colón, y hace del todo merecido el otorgamiento del rango de Almirante contemplado en las Capitulaciones, si el éxito coronaba la empresa.